

## 6. Mujer, maternidad y familia en la «Era de las Revoluciones»: la visión de Goethe y Michelet<sup>1</sup>

*Alessandra Arce<sup>2</sup>*

El objetivo de este capítulo es presentar las ideas sobre la mujer/madre y la familia de un escritor cuyas obras fueron producidas durante la llamada «Era de las Revoluciones»: Johann Wolfgang Goethe (1749-1832),<sup>4</sup> un hito en la literatura mundial. A través de sus concepciones intentaremos mostrar hasta qué punto su pensamiento se integraba con los ideales que empezaron a ser difundidos por la burguesía cuando ésta se convirtió en la clase en el poder, es decir, cuando dejó de ser una clase revolucionaria. El capítulo está dividido en cuatro partes: en la primera se expone brevemente el camino metodológico y la aportación teórica de la investigación llevada a cabo; la segunda trata de mostrar de qué forma la contrarrevolución, con la victoria del capitalismo, modificó la vida cotidiana de las personas con ayu-

---

1. Este capítulo es fruto de la tesis de doctorado publicada en el libro de Alessandra Arce, «A Pedagogia na “Era das Revoluções” – uma análise do pensamento de Pestalozzi e Froebel».

2. Profesora del Departamento de Psicología y Educación de la Universidad de São Paulo, USP, Campus de Ribeirão Preto.

3. El periodo de 1789 a 1848 fue analizado por el historiador Eric J. Hobsbawm en su clásico libro titulado *La Era de las Revoluciones, 1789-1848* (Hobsbawm, 1996). Este libro, cuyo prefacio del autor para la primera edición en inglés fue escrito en diciembre de 1961 y cuya primera edición en portugués en Brasil tuvo lugar en 1977, se ha convertido en una referencia obligatoria para historiadores marxistas y no marxistas. En este trabajo tomamos prestado el término «Era de las Revoluciones» y por este motivo lo utilizamos entre comillas.

4. Para saber más sobre Goethe, su vida y obra, véase Reyes, Alfonso (1989), *Trajectoria de Goethe*, Fondo de Cultura Económica, México; y Lukács, Georg (1978), *Goethe and His Age*, Howard Fertig, Nueva York.

da de la religión y eligió para la mujer la maternidad y la familia como puntos importantes en los cambios que se produjeron; la tercera sección presenta la visión de este autor sobre dicha cuestión, basada en el análisis de una obra de Goethe, la novela *Afinidades electivas*; la última parte muestra las conclusiones de nuestro capítulo.

## Punto de partida

La época en la que Goethe vivió estuvo repleta de las contradicciones características del proceso en que la burguesía todavía era una clase en ascensión. Con el paso del feudalismo al capitalismo surgió el «ideal humanista»<sup>5</sup> del desarrollo libre y pleno del ser humano y de la autonomía del hombre. Sin embargo, la sociedad que creó dicho ideal (que ya surgía con la fuerza del Renacimiento) era la misma que producía mercancías y valores de cambio, la sociedad del «vacío» completo del individuo (cf. Duarte, 2000). Tras las revoluciones de 1848 esta situación se complicó y la burguesía y sus ideólogos se hicieron más reaccionarios e irracionalistas. La ideología liberal burguesa fue contradictoria desde el comienzo. Ya en la fase de ascensión de la burguesía, cuando ésta todavía se consideraba una clase revolucionaria, se podía percibir su lado ideológico progresista de defensa de la emancipación del ser humano, su creencia en la razón y en la capacidad del hombre para construir su propia historia. Al mismo tiempo, aparecía su lado ideológico más reaccionario, que mostraba la naturalización de lo social, la alienación de los seres humanos, el vacío del individuo, el subjetivismo y el irracionalismo. Este último aspecto de la burguesía fue desarrollándose en la segunda mitad del siglo XIX y se observó con nitidez a lo largo del siglo XX. El movimiento descrito aquí se caracterizó por la formación de papeles sociales para ser desempeñados por los hombres, mujeres y niños en el desarrollo de la sociedad capitalista. Dichos papeles se presentaban como universales y naturales. No debemos olvidar que este discurso afectó a todo el occidente, ya que de Europa fue llevado a los demás continentes colonizados, aniquilando voces discordantes o culturas diferentes. Como nuestro objetivo es trabajar con la esencia del discurso que llevó a la delimitación de los lugares ocupados por hombres y mujeres en la sociedad capitalista, no abordaremos las visiones contrarias o disonantes.

Para que el lector pueda comprender mejor el carácter de la investigación llevada a cabo, destacamos la importancia de nuestra concepción de la

---

5. Expresión utilizada por Lukács (1994) en el ensayo sobre la novela *Años de aprendizaje de Wilhelm Meister*, de Goethe.

historia. En este trabajo nos situamos frente a las corrientes posmodernas que han invadido la historiografía y llevado en muchos casos a confundir hechos históricos y ficción. Hobsbawn (1998) describe muy bien este proceso al opinar que la mezcla de literatura y antropología en los estudios históricos nos lleva a afirmar que no existe objetividad en los hechos estudiados por el historiador. Éstos son apenas construcciones intelectuales, lo cual modifica el carácter político de la historia, dando la falsa impresión de que no pasa de una mera descripción de puntos de vista diferentes sobre algo que ha sucedido.

La tarea de quien decide trabajar con la historia consiste en desmantelar las mitologías: no se trata de servir a los ideólogos del poder proporcionando munición para acusaciones, sino de retirar las vendas usadas como mitos de justificación de las relaciones capitalistas, que siempre intentamos naturalizar y eternizar. Según Hobsbawn, Marx aporta varias ideas sobre este aspecto, ya que la característica principal de su pensamiento fue no centrarse en la historia fragmentada o analizar sus «migajas»,<sup>6</sup> no siendo su estudio «... ni “sociológico” ni “económico”, sino ambos simultáneamente. Las relaciones sociales de producción y reproducción (es decir, la organización social en su sentido más amplio) y las fuerzas materiales de producción no pueden separarse».<sup>7</sup>

Según Heller (1992), la relación dialéctica entre causalidad y teleología es esencial para poder entender la concepción de la historia de Marx. Cuando suponemos que el hombre construye su propia historia trabajamos con dos tesis fundamentales para Marx: la de la inmanencia, que implica la teleología (presencia de finalidad, de metas que deben alcanzarse en una acción, existiendo el deseo de que esto suceda); y la tesis de la objetividad, que implica la causalidad (relación entre las causas y efectos de determinados fenómenos, no exigiendo que el individuo tenga conciencia de ellos). La autora afirma que la relación entre teleología y causalidad debe ser dialéctica, con el objetivo de contraponer las visiones sobre la historia que se centran en una u otra. De esta forma, una concepción basada en una visión teleológica consideraría la historia como fruto de las ideas y de la voluntad del hombre, es decir, como producto de alguna forma de conciencia, ya sea humana o divina, y sería por lo tanto una visión idealista. Por otro lado, una concepción de historia centrada solamente en la causalidad nos llevaría a una visión mecanicista: todo sucedería independientemente de la conciencia humana, puesto que las causas existirían *a priori*, sus efectos generarían otras causas y así sucesivamente. Por ejemplo, el fin del modo de producción capitalista sería considerado independiente de la conciencia de los hombres; acabaría

---

6. La idea del estudio de la historia en migajas viene del título del libro *La Historia en migajas*, de François Dosse (1994).

7. Hobsbawn (1998), págs. 166-167.

extinguiéndose y llevando a un modo de producción socialista sin tener en cuenta la voluntad de los seres humanos. En ambos casos, los sujetos reales están fuera de la historia; la actividad social de autoproducción del ser humano no es lo que constituye la historia. La concepción histórica marxista confirma al hombre como sujeto de la historia sin caer, no obstante, en la visión idealista que sería considerar que los hombres construyen la historia de la forma que desean. En Marx existe una relación dialéctica entre el carácter teleológico de la acción humana y la causalidad determinada por las condiciones históricas en las que se desarrolla esa acción, y se puede por lo tanto afirmar que el hombre produce, reproduce y modifica la historia, siendo también producido, reproducido y modificado a través de ella.

En nuestro intento de realizar un estudio coherente con las ideas anteriores, usamos como principios para esta investigación aquellos expuestos por Saviani<sup>8</sup> y considerados fundamentales para cualquier trabajo dentro de una perspectiva histórico-crítica en la historia de la educación:

1. *Carácter concreto del conocimiento histórico-educacional*: debemos reconstruir y explicar todas las relaciones reales que el fenómeno educacional comprende por medio de herramientas conceptuales, demostrando hasta qué punto el objeto de estudio expresa la complejidad de las relaciones y determinaciones existentes en la sociedad capitalista de finales del siglo XVIII y principios del XIX.
2. *Perspectiva de larga duración*: Saviani afirma, al trabajar con las ideas de Gramsci, que este punto es importante para distinguir los movimientos orgánicos (estructurales) de los coyunturales, puesto que para captar los movimientos que producen cambios estructurales necesitamos tener en cuenta un período relativamente amplio de la historia.
3. *Enfoque analítico-sintético en el tratamiento de las fuentes*: «se impone el examen atento de las fuentes disponibles, incluidas sus diversas modalidades y articulándolas sincrónica y diacrónicamente para no dejar escapar las características y el significado del fenómeno investigado».<sup>9</sup>
4. *Articulación de lo singular y lo universal*: «se trata no sólo de evitar tomar lo que es local o nacional como universal o viceversa, sino también de detectar hasta qué punto lo local o nacional constituye una expresión de tendencias que se imponen internacionalmente».<sup>10</sup>
5. *Actualidad de la investigación histórica*: «se trata, en primer lugar, de la propia conciencia de la historicidad humana, es decir, la percepción

---

8. Saviani (1998), págs. 117-119; (1999), págs. 10-11.

9. Saviani (1999), pág. 11.

10. Saviani (1999), pág. 11.

11. Saviani (1999), pág. 11.

de que el presente está enraizado en el pasado y se proyecta en el futuro. Por lo tanto, no puedo comprender radicalmente el presente si no comprendo sus raíces, lo cual implica el estudio de su génesis».<sup>11</sup>

## La vida cotidiana y la contrarrevolución, o de cómo la ideología burguesa adaptó a los individuos al modo de producción capitalista con la idealización de la maternidad y la familia

El complicado proceso de las Revoluciones modificó todo el panorama económico, político y social de Europa. Los cambios se extendieron también a la vida cotidiana de las personas, a través de la reedificación de la familia cristiana monogámica y nuclear presente desde la Edad Media. Para ello, un grupo en especial desempeñó un papel muy importante: las mujeres. El proceso de contrarrevolución asumido por la burguesía produjo esta modificación de la estructura de la vida cotidiana para impedir la continuación de las Revoluciones. Esta sección muestra el producto de la reacción de la burguesía a los ideales revolucionarios de su tiempo. Ya que los burgueses revivieron ideales presentes en la Edad Media, una breve presentación de los mismos ayudará al lector a acompañar mejor el proceso en el que fueron recuperados en la época que nos interesa.

En la Edad Media fue muy intenso el proceso de adoctrinación de las mujeres y de caracterización de su ser con respecto a las pasiones, al sentimiento, en detrimento de la razón, y a la maternidad. Durante este período la Iglesia y sus clérigos, que producían la mayor parte de las obras dirigidas a las mujeres, procuraban la pacificación de las jóvenes a través de modelos. Las mayores y ancianas ayudaban en este proceso, ya que generalmente representaban la prudencia, virtud y castidad. En esa época la familia todavía no tenía la estructura que se encaja en los moldes conocidos hoy en día: el adulterio era común y también las relaciones bisexuales. Para que la Iglesia consiguiese propagar el ideal cristiano de familia era necesario librar una dura batalla en pro de la moral y las buenas costumbres. Cuanto más elevada fuese la posición social de una dama, más debería ella adaptarse a las normas sociales impuestas por la Iglesia. Este tipo de comportamiento también garantizaría la descendencia original de las familias nobles y, a través de la educación de los hijos, se perpetuaría el orden dentro de la jerarquía social.

Durante todo este período la castidad se convirtió en un punto central. Por medio de un discurso de represión, se exhorta a las mujeres a que se regocijen con los beneficios de la virginidad y la pureza como mandamientos divinos y sagrados. Sin embargo, éste fue un arduo proceso, ya que las mujeres nobles no deseaban ceder sus libertades. Por consiguiente, la Iglesia

estableció la custodia masculina como una forma amorosa que impedía que las mujeres fuesen impuras. Según Casagrande,<sup>12</sup> la custodia sirvió para indicar todo lo que debería ser usado en la educación de las mujeres, con la intención de protegerlas y purificarlas. Por lo tanto, encontramos como parte de la custodia desde medidas rígidas y altamente represivas, hasta el cuidado más considerado y amoroso.

Con la custodia comienza el paulatino proceso de empujar a la mujer hacia el ámbito privado de la vida cotidiana, hacia lo doméstico. La mujer pasa a ser tratada como un ser inferior sin control de sus actos, infantil, con su razón debilitada. La Iglesia reconoce que la mujer posee alma pero, a pesar de ello, se mantiene su condición de inferioridad corporal y moral en relación al hombre. El aislamiento de las mujeres de la vida pública y su confinamiento en el hogar hace que el hombre se libere de sus adversarios y también soluciona el problema de las faenas domésticas. Casagrande<sup>13</sup> concluye afirmando que la práctica de la custodia autoriza a los hombres a gobernar a las mujeres, que no pueden hacer nada contra ellos sino someterse, ejerciendo la sumisión, la humildad y la obediencia.

La Edad Media fue una época de extremo control sobre la mujer, tanto moralmente como sobre su propio cuerpo y sus costumbres. Maquillaje exagerado, demasiadas joyas y ropas extravagantes estaban prohibidas por no ser divinas. La mujer también debía ser moderada con relación a la comida y bebida, ofreciendo una imagen honesta y sencilla. Incluso sus gestos debían controlarse. Sus manos y su pensamiento debían estar ocupados con acciones lícitas y honestas como hilar, tejer, coser, bordar o remendar, ya que de lo contrario se dedicaría a calumniar o a hablar de las vidas ajenas. A las mujeres no les correspondía gobernar, enseñar o predicar, puesto que la plenitud y superioridad intelectual pertenecían a los hombres.

El proceso histórico de producción de la sumisión de la mujer culmina con el matrimonio. Vecchio define el matrimonio y el papel que la mujer debería desempeñar como esposa utilizando los «deberes de Sara», personaje bíblico que sirvió de modelo para las buenas esposas en la Edad Media.<sup>14</sup> El primer deber de Sara, según la autora, consiste en honrar a sus suegros y tratarlos con respeto y dulzura, amparándolos como si fuesen sus segundos padres. El segundo deber es amar a su marido, figura central del universo de la mujer, y serle fiel, puesto que ésta es la única forma de garantizar la paternidad de sus hijos. El tercer deber de Sara es amparar a su familia, cuidar de sus hijos y sus siervos. Debe encargarse de la educación de sus hijos durante los primeros años de vida, contentándose con amar más

---

12. Casagrande (1990), pág. 121.

13. Casagrande (1990), págs. 124-125.

14. Vecchio (1990), págs. 152-157.

de lo que es amada (es éste un amor misericordioso preocupado por la salvación y felicidad de los pequeños). Los primeros años de vida son los únicos en los que la mujer puede intervenir en la educación de sus hijos. El último deber de Sara es ser irreprochable, incluso ante Dios.

Optiz<sup>15</sup> afirma que dentro de los modelos ya establecidos a finales de la Edad Media encontramos el «modelo conyugal cristiano», de matrimonio único e indisoluble. La elección libre del cónyuge todavía no existía, debido al exceso de autoritarismo presente en la época y a la necesidad de perpetuar el nombre y mantener las propiedades dentro de la familia. Ser madre era un factor fundamental para tener un buen matrimonio y lo contrario era una anomalía. Según la autora, la educación de los niños pequeños también fue establecida como una función femenina. Los niños eran seres restringidos al ámbito privado y la necesidad de cuidados corporales los convertía en otra faena doméstica dentro de los quehaceres que la mujer debía asumir.

Lejos de la ciencia y presa del misticismo religioso, la mujer iba formando su comportamiento, adaptándose a las exigencias morales, alienándose de la vida pública y vinculándose cada vez más a la vida cotidiana restringida que comprendía los quehaceres domésticos y los cuidados de los hijos en la primera infancia. Reprimida y aprisionada se convertía cada vez más en un estereotipo, haciendo naturales las condiciones de vida impuestas y el comportamiento creado para ellas. La eterna Eva buscaba el perdón del pecado original aceptando la desfiguración completa de su ser. Este proceso afectó en primer lugar a la nobleza. Las clases pobres no podían permitirse el lujo de encerrar a sus mujeres en casa, ya que éstas necesitaban trabajar para ayudar a sus maridos a sustentar a sus hijos. Por lo tanto, además de realizar las labores domésticas y maternas, estas mujeres también debían colaborar con los medios de subsistencia.

Según Perrot,<sup>16</sup> durante todo el siglo XVIII empezó a distinguirse claramente lo que pertenecía a la esfera de lo público y de lo privado en la vida de las personas. Con la contrarrevolución, esta separación se transformó en una definición de los papeles sociales, en una diferenciación de los papeles para ambos sexos que colocó en oposición a hombres (públicos) y mujeres (domésticas). Hunt afirma que a finales del siglo XVIII se representaba a la mujer como imagen inversa del hombre, identificada por su sexualidad: «El útero define a la mujer y determina su comportamiento emocional y moral».<sup>17</sup> Por consiguiente, el desconocimiento y la supuesta fragilidad del sistema reproductor femenino acabaron siendo transferidos a la capacidad intelectual de la mujer, que sería puesta en tela de juicio.

---

15. Optiz (1990), pág. 362.

16. Perrot (1991a).

17. Hunt (1991), pág. 50.

El discurso de los médicos se uniría al de los políticos y a principios del siglo XIX las mujeres estarían totalmente relegadas a la esfera privada, a lo doméstico, convirtiéndose en símbolos de una fragilidad que necesitaba ser protegida y guardada. Al mismo tiempo los niños se colocaban definitivamente como centro de la vida de la mujer y de la familia; eran vistos como el futuro y en ellos se depositaban todos los sueños y esperanzas; buenos y puros por naturaleza, debían ser protegidos de la corrupción del mundo y tener la libertad suficiente para desarrollarse naturalmente.

Conviene mencionar que, según Hunt (1991), estos ideales fueron diseminados por la clase burguesa, pero no eran compartidos por otros segmentos de la Revolución francesa, que estaban comprometidos de una forma más radical con los ideales de la revolución y propagaban, entre otras cosas, la igualdad entre los sexos. A este respecto, luchaban contra la alienación de la vida privada, intentando que no se produjese la escisión entre lo público y lo privado. En esta lucha también era importante acabar con algunas instituciones sociales heredadas del feudalismo, ya que éstas se basaban en una relación social de dominación, lo que suponía un obstáculo para la plena emancipación humana. Era necesario romper con la dominación religiosa y feudal sobre las relaciones entre los individuos e incluir estas relaciones en el mismo proceso de lucha por la emancipación política que se produjo en el período entre 1789 y 1794. Los revolucionarios que quemaban iglesias y querían acabar con cualquier vestigio de dominación feudal también intentaban transformar las relaciones personales que servían para mantener los privilegios y diferencias sociales. La familia debería exponerse y deshacerse cuando no estaba basada en el amor entre un hombre y una mujer. Durante este período el divorcio fue legalizado, ya que nada debía impedir la libertad del individuo. El matrimonio como acto exclusivamente religioso debía ser revisado y transformado, debiendo sólo llevarse a cabo con la libre elección de los individuos guiados por el amor. No obstante, todo esto sería olvidado con los acontecimientos que hicieron que el modo de producción capitalista se consolidase y, junto con él, el modelo burgués de familia. Como ya hemos visto, cuando la burguesía ascendió al poder se hizo conservadora y abandonó el materialismo adoptado como bandera para la lucha durante la revolución, evocando la moral religiosa y trayendo con ella de forma mucho más contundente todo el movimiento de moralización de la familia y la definición de papeles familiares establecidos por la Iglesia durante la Edad Media.

Hall<sup>18</sup> afirma que la Iglesia, al liderar esta adecuación de la vida cotidiana a la moralidad burguesa, a través de varios movimientos en pro de la fa-

---

18. Hall (1991).

milia cristiana, eligió a la mujer como base de lo doméstico, la clave de la felicidad individual y el bien común. Observamos cómo la burguesía retoma el movimiento que ya existía durante la Edad Media. Al estudiar la imagen de la mujer en la literatura católica y protestante, Desai<sup>19</sup> constató esta campaña a través de los discursos que exaltaban el carácter innato de las virtudes femeninas (compasión, dulzura y amor materno) y la designación de funciones que deberían ser ejercidas como consecuencia (ser responsable de la educación inicial de los niños, específicamente la de carácter moral, y dedicarse exclusivamente a los cuidados domésticos).

De esta forma, el individuo encontraría protección y cariño en el hogar iluminado por la figura de la mujer, con su dulzura, ternura y fragilidad. Allí las personas estarían protegidas del «mundo exterior», el mundo público, que pasó a ser considerado como un lugar peligroso y motivo de preocupación, un ambiente para los hombres y no para las mujeres y niños. El protestantismo divulgó ampliamente esta imagen al convertir al hogar en una continuación de la propia Iglesia; se daba énfasis a la evangelización dentro de casa, bajo la responsabilidad de la mujer, que debería enseñar a sus hijos desde pequeños a llevar una vida cristiana que buscara la paz interior y la armonía con la naturaleza, Dios y todos los seres vivos. El hogar pasaba a ser el centro de la lucha por la moral y las buenas costumbres y la burguesía lideraría esta guerra santa. «El evangelismo, por lo tanto, veía a la familia como el centro de la lucha para reformar las costumbres y la moral; la familia podía ser la “pequeña iglesia” con la que ya habían soñado los puritanos, el “pequeño Estado” sometido a su señor y capaz de seguir verdaderamente la práctica cristiana, independientemente de lo que ocurriese en el mundo a su alrededor.»<sup>20</sup>

La propia Revolución industrial ayudó inicialmente a difundir este ideal de familia, ya que al principio del proceso de industrialización se intentó establecer una cierta semejanza entre la estructura familiar y la de la industria. Como explica Perrot<sup>21</sup> al afirmar que «el paternalismo fue el primer sistema de relaciones industriales», el patrón era el padre de los operarios, que a su vez formaban una gran familia trabajando en pro de los negocios. Por este motivo, se consideraba la quiebra de la empresa como una muerte dentro de esa familia.

Del mismo modo que la familia estaba unida por medio de sus lazos de sangre, la fábrica debía hacerlo a través del trabajo en defensa de la prosperidad, aunque para ello sus miembros tuvieran que someterse a sacrificios sobrehumanos. Esta semejanza existió apenas al principio de la industrializa-

---

19. Desai (1991).

20. Hall (1991), págs. 56-57.

21. Perrot (1991b), pág. 110.

ción, o más exactamente, según Perrot,<sup>22</sup> en la primera mitad del siglo XIX. A partir de la segunda mitad se acentuó el proceso de reclusión de la mujer en el mundo doméstico, haciendo que las que pertenecían a la burguesía abandonaran las actividades de administración de los negocios familiares.

No sólo se modificaron las familias sino también los hogares, que hasta entonces se situaban próximos a los negocios o encima de ellos. La casa se separó totalmente, lejos de la suciedad de las fábricas, convirtiéndose en un lugar para huir de los problemas de la esfera pública de los hombres y donde el papel principal era ejercido por la mujer. Este hogar, apartado de los negocios, llevó a un nuevo concepto de morada. Según Hall,<sup>23</sup> las casas eran construidas en pequeñas villas rodeadas por jardines para pasear y por rejas que demarcaban el territorio. El cultivo de los jardines se hizo importante para los burgueses que, de acuerdo con la autora, veían en ellos no sólo la naturaleza domesticada y moldeada de acuerdo con sus deseos, sino también un pasatiempo en el que participaban hombres y mujeres, siendo deber de éstas cuidar de las flores «... en una asociación natural entre la suavidad femenina y la perfumada delicadeza de las flores. En esta época se estrecha la relación lingüística entre las mujeres y las flores».<sup>24</sup> Los jardines componían un ambiente donde lo bello predominaba, dando forma a la atmósfera de paz que debería reinar en el hogar, en contraposición con el ambiente hostil de las fábricas. Esta separación hogar/negocios supone el aprisionamiento definitivo de la mujer y tiene lugar cuando el discurso de evangelización moldea el ambiente familiar al privatizarlo, convirtiéndose en aliado de la burguesía en su proceso de contención de las masas. «(...) La vida privada es el refugio donde los hombres descansan de la fatiga del trabajo y del mundo exterior. Debe hacerse todo lo posible para darle armonía a ese refugio. La casa es el nido, el lugar en el que el tiempo se suspende. La idealización del nido lleva a la idealización del personaje del ama de casa.»<sup>25</sup>

Según Perrot,<sup>26</sup> surge entonces un movimiento de mujeres que pasa a luchar a favor de esta diferencia entre sexos. Los ejes sobre los que gira este movimiento son: la fe en contraste con la razón, la caridad contra el capitalismo y la reproducción como autojustificación. Este movimiento cristiano se proponía congrega a un gran número de mujeres que aceptasen su condición frágil y de reinas del hogar. La maternidad se convierte en su principal lema. La nueva imagen de la infancia como depositaria de la inocencia y la bondad humanas refuerza la idea de que la mujer, este ser angelical esco-

---

22. Perrot (1991c).

23. Hall (1991).

24. Hall (1991), pág. 69.

25. Fugier-Martín (1991), pág. 201.

26. Perrot (1991c).

gido por Dios para generar vida, debe vivir en un ambiente armonioso y virtuoso, haciendo suya la educación de la semilla bendita que perpetuará la vida humana: el niño. Debemos mencionar que esta mujer/madre ya estaría naturalmente dotada de todo lo necesario para la educación de los niños, por el simple hecho de haber nacido mujer y poder engendrar vida.

Sin embargo, Perrot<sup>27</sup> afirma que los poderes del hombre no están ausentes del ámbito doméstico, ya que él es el dueño del dinero, a través del cual controla la vida de la casa. De hecho, éste es un punto de gran importancia en la formación de las familias del período. Si durante la Revolución francesa observamos la lucha por la libertad para escoger pareja para el matrimonio, Engels<sup>28</sup> observa que durante este período veremos cómo el matrimonio burgués adopta dos formas: para los católicos, los padres todavía escogen los cónyuges de sus hijos, mientras que, para los protestantes, el joven burgués puede elegir dentro de su clase a la doncella que más le atraiga.

Pero, en ambos casos, el matrimonio se basa en la posición social de los contrayentes y, por lo tanto, es siempre un matrimonio de conveniencia. También en los dos casos ese matrimonio de conveniencia se convierte con frecuencia en la más vil de las prostituciones, a veces por parte de ambos cónyuges, pero mucho más habitualmente por parte de la mujer; ésta sólo se distingue de la cortesana habitual por el hecho de que no alquila su cuerpo por hora, como una asalariada, y sí lo vende por entero, para siempre, como una esclava. Y a todos los matrimonios de conveniencia les queda como anillo al dedo la frase de Fourier: «Así como en gramática dos negaciones equivalen a una afirmación, del mismo modo en la moral conyugal dos prostituciones equivalen a una virtud».<sup>29</sup>

Vemos que la familia burguesa basada en el matrimonio recupera los moldes de la Edad Media, ocultos por medio de la libertad de elección del compañero dentro de la clase a la que pertenece el individuo. Esta familia opta por un nuevo tipo de esclavitud, la doméstica; su carácter social desaparece al desvincularse totalmente de la sociedad, de la vida pública y en comunidad.

(...) la mujer se convirtió en la primera criada, cesando de participar en la producción social. Solamente la gran industria de nuestros días abrió de nuevo (aunque apenas para la proletaria) el camino de la producción social. Pero esto se hizo de forma que si la mujer cumple sus deberes en el servicio privado de la familia, queda excluida del trabajo social y no puede ganar nada; y, si quiere tomar parte en la industria social y ganarse la vida de forma

---

27. Perrot (1991c).

28. Engels (s/d).

29. Engels (s/d) pág. 59.

independiente, le es imposible cumplir con las obligaciones domésticas del mismo modo que en la fábrica. Esto es lo que sucede con la mujer en todos los sectores profesionales, incluso en la medicina y la abogacía. La familia individual moderna está basada en la esclavitud doméstica de la mujer, franca o disimulada, y la sociedad moderna es una masa cuyas moléculas son las familias individuales.<sup>30</sup>

Engels, que redactó este texto durante la segunda mitad del siglo XIX, consiguió captar el conflicto que marcaría la vida de las mujeres durante mucho tiempo, especialmente las proletarias. Como veremos, aunque éstas no acompañaron el movimiento del mismo modo que las demás, sufrieron mucho con las recriminaciones morales y con el intento de transformar su «hogar» en un lugar de paz y armonía.

No debemos olvidar el importante papel que el niño tuvo en este proceso, ya que en el siglo XIX los hijos eran el centro de la familia burguesa y cristiana. Como heredero del patrimonio que sus padres construían, el niño era considerado una inversión, el futuro de la familia y de su riqueza. La vida del niño era proyectada y el amor debía guiar su crecimiento, conservando la pureza y delicadeza de su infancia. Según Perrot,<sup>31</sup> a finales del siglo XIX toda buena madre se ocupaba de su bebé. La infancia se convirtió en un asunto femenino y pasó a ser considerada como el mejor período de la vida humana. El niño también era un ser que pertenecía al ambiente doméstico y privado. Su educación comenzó a ser un problema que debía ser discutido: ¿cómo educarlo sin violar su libertad?; ¿cómo hacerlo autónomo y, al mismo tiempo, capaz de adaptarse a las exigencias y limitaciones impuestas por su condición socioeconómica?; ¿cómo hacer que crezca en armonía con la sociedad, la naturaleza y lo divino?

No obstante, el movimiento de adaptación de la mujer a las exigencias impuestas por una determinada concepción de la infancia y educación de los niños pequeños no ocurrió de forma lineal e igual para todas las mujeres: las burguesas lideraron el movimiento, las aristócratas y nobles opusieron gran resistencia hasta su capitulación, mientras que las pobres no podían dedicarse exclusivamente al hogar debido a sus condiciones de vida, pues la lucha por la supervivencia no perdonaba a mujeres y niños. Perrot<sup>32</sup> describe las tres funciones de las mujeres de la clase baja: dar a luz, atender a la familia con los servicios domésticos, incluso buscando alimentos y productos para la casa más baratos y, por último, llevar a casa algunas monedas para complementar la renta familiar. Como se puede ver, las burguesas fueron

---

30. Engels (s/d), pág. 61.

31. Perrot (1991c).

32. Perrot (1991c).

siendo aprisionadas en sus hogares, ambientes privados, haciendo que su imagen se aproximase a la de la infancia. Por otro lado, las mujeres de las clases bajas continuaban de cierta forma participando del mundo público por motivos económicos, además de ejercer las funciones domésticas.

Engels<sup>33</sup> afirma que el trabajo de las mujeres proletarias en las fábricas inglesas ayudó a revelar la inconsistencia del modelo burgués de familia y de los papeles ejercidos por ambos sexos dentro de ella. En sus estudios encontró familias en las que el hombre estaba desempleado y la mujer era responsable por el sustento del hogar. Él realizaba las labores domésticas y ella trabajaba fuera. Se invertía el juego del poder: la mujer dominaba, puesto que poseía el dinero, y el hombre se sentía humillado. Se eliminaba el carácter viril del hombre y la femineidad de la mujer, ambos exigidos socialmente, «sin estar en condiciones de darle al hombre una verdadera femineidad y a la mujer una verdadera virilidad».<sup>34</sup> Así ocurría una degradación escandalosa de ambos y de lo que había de humano entre ellos. La relación de dominación permanecía, pero de forma inversa. La realidad se encargaba de mostrar que una simple inversión de esta relación de dominación no hacía que ese modelo de familia fuese más humano. Si las familias proletarias tenían dificultades para adaptarse al modelo burgués, no era debido a una deficiencia moral intrínseca de los pobres sino a dos factores camuflados por la ideología burguesa; en primer lugar, la humanización de la clase proletaria no era una mera cuestión de organización de la estructura familiar, de acuerdo con los preceptos de la «buena moral» y «buena religión»; en segundo, el modelo burgués de familia estaba ligado indisolublemente a las relaciones de dominación propias de la sociedad capitalista, que generaban toda la miseria moral de esa sociedad.

Tampoco debemos olvidar que para que esta familia de la clase proletaria pudiese vivir el ideal burgués, debería ser capaz de superar la degradación física y la deshumanización del trabajo impuesta por los capitalistas. En otro pasaje, Engels ilustra los problemas que afronta la familia proletaria y los relatados por los mismos burgueses. En estas circunstancias, la burguesía necesitaría recurrir a los dioses, ya que si no creyesen en un futuro mejor en otro mundo, los trabajadores jamás pensarían en intentar construir una familia como las de los cuentos de hadas.

Hall<sup>35</sup> afirma que durante el siglo XIX el movimiento de evangelización en Inglaterra se dirigía a esa familia proletaria y estaba encabezado por las mujeres burguesas, ya que la asistencia social y el mecenazgo eran las únicas actividades sociales que podían ejercer fuera de casa. El objetivo principal

---

33. Engels (1985).

34. Engels (1985), pág. 168.

35. Hall (1991).

de su campaña era hacer que las familias de los obreros fuesen moralmente dignas, encajándolas en el modelo burgués y convirtiendo a sus mujeres en buenas empleadas, madres y esposas. A este respecto, la lucha contra el alcoholismo, común entre las familias pobres, fue fundamental para la sedimentación de la imagen y el ideal de familia y mujer entre los obreros, que creían que siguiendo ese ideal podrían igualarse económicamente algún día a sus patronos. A través de una serie de famosos grabados de Cruikshank llamados «La Botella», Hall<sup>36</sup> nos muestra cómo se realizaba esta campaña contra el alcoholismo. En los grabados vemos a una familia que poco a poco va siendo destruida por el alcohol, acabando en una total decadencia moral y física. Este escenario terrible era usado con frecuencia para ilustrar lo que la bebida podría hacer con el nido más sagrado, el hogar.

La deshumanización formaba parte de la condición de trabajador y, en ese contexto, la bebida puede ser vista más como consecuencia que como causa, al contrario de lo que indicaban los «apóstoles de la moderación». La familia encabezada por la figura idealizada de la mujer/madre se presentó en este momento histórico como el medio más eficaz de suprimir cualquier espíritu de insurrección de los obreros y los pobres, que hasta entonces no habían sentido el sabor del triunfo de los ideales de libertad, igualdad y fraternidad. Como Engels describe, el trabajo realizado por el obrero lo embrutecía y hacía disminuir su esperanza de vida, principalmente al ver a su familia siendo destruida por él. De esta forma, el alcohol le parecía ser una de las salidas para escapar de la dura realidad cotidiana que tenía que enfrentar. A los que no recurrían a la bebida o a la prostitución, el odio a la burguesía era lo que los llevaba hacia delante. Estos dos sentimientos (alegría fugaz y odio) debían ser eliminados, ya que interferían en la productividad dentro del ambiente de trabajo y amenazaban la producción.

La Revolución francesa, que deseaba destruir los límites entre lo público y lo privado, acabó fracasando ya que la clase que al principio era revolucionaria se apegó a las costumbres al hacerse conservadora, dando lugar a la victoria de la separación definitiva entre los dos ámbitos y designando personajes fijos para ellos. La mujer fue protagonista de esta adaptación del individuo al modo de vida capitalista. Las que pertenecían a las clases más adineradas acababan orientando sus vidas hacia el matrimonio, que pasó a simbolizar poder, y se ocupaban de la caridad con los más pobres y de las futilidades consumistas que a cada año aumentaban para llenar sus vidas, además de supervisar a los criados de la casa y acompañar la educación de sus hijos. Por otro lado, las mujeres de las clases más pobres, que también ayudaron en este proceso, se vieron atrincheradas entre lo público y lo do-

---

36. Hall (1991), págs. 73-74.

méstico, teniendo que conciliar los dos. A su vez, el niño completaba este cuadro, siendo obligatoria su presencia en una familia feliz para que una mujer se hiciese verdaderamente mujer. Ese niño idealizado recibió el título de futuro de la familia, de esperanza de una vida mejor o de continuidad y prosperidad de las riquezas adquiridas, un título demasiado pesado. Tanto la mujer como el niño fueron alejados de los conflictos sociales. Pasaron a representar la paz y, en la lucha del «sálvese quien pueda», simbolizaban un poco de pureza. La resignación brota como agua tibia en el lecho del río y baña a quien es explotado, calmándolo ante la visión de que su familia será más feliz que aquella en la que él se crió, y que sus hijos con certeza tendrán una vida mejor. Obligadas desde la Edad Media a que su modo de vida y sus pensamientos fuesen guiados por el misticismo religioso, las mujeres no opusieron mucha resistencia a esta recuperación de la dirección de la vida siguiendo los designios divinos: el materialismo proclamado por los iluministas poco penetró en sus vidas; el espíritu de la familia capitalista fue más ágil y su asimilación se hizo más fácil con ayuda de la religión.

Por otro lado, no podemos dejar de destacar que los hombres también fueron obligados a asumir un papel dentro de la familia. Pasaron a ser los proveedores y protectores externos del hogar immaculado y les correspondía defender a su dulce familia con sangre si fuese necesario. Esta misión también difícil los limitó a la esfera de lo público, restringiendo su participación en lo doméstico. Al poner el énfasis en la idea de que los hombres representarían a la razón, se vieron obligados a extirpar de sus vidas el sentimiento y su expresión. La dureza de la lucha por la supervivencia financiera, que caracteriza a la vida pública, acababa embruteciéndolos y los distanciaba de ese hogar idealizado, que se transformaba en un mundo diferente del que ellos estaban acostumbrados a afrontar diariamente.

## Mujer, maternidad y familia en una obra de la literatura mundial

Con el objetivo de concentrarnos en esta época recurriremos a Goethe, que fue capaz de percibir las contradicciones existentes en el modelo burgués de familia. Su novela *Afinidades electivas*, publicada en 1809, narra la historia de amor y tragedia de Charlotte y Eduardo. A través del matrimonio de éstos, basado en la familia nuclear y visiblemente privado de relaciones interpersonales, que se limitan al encuentro con amigos para dedicarse a cosas fútiles, Goethe captó y demostró magistralmente esta contradicción de la familia burguesa. La obra nos ofrece un retrato de la sociedad civil burguesa que se consideraba racional e informada. Charlotte y Eduardo poseen propiedades prósperas y pueden vivir lejos de la vida pública, dedi-

cándose al cultivo intensivo de sus espacios privados. La preocupación por los jardines y las modificaciones realizadas por la pareja en el paisaje de su propiedad aparecen reflejados a lo largo de esta obra como un recurso para rellenar el vacío que existe en su relación. Cuando Charlotte y Eduardo se ocupan de los cambios que desean realizar, su vida empieza a depender de ellos: sus días se planean en función de lo que debe hacerse en los jardines, el bosque, etc. Las actividades y las decisiones exigidas por los cambios físicos en la propiedad rellenan el vacío. Al principio, todo lo que la pareja escoge parece obra de su racionalidad, pero con la llegada de Otilia (hija adoptiva de Charlotte) y del Capitán (amigo de infancia de Eduardo) aparecen actitudes desconcertantes, que dan origen a una importante discusión propuesta por Goethe respecto de la diferencia entre la elección guiada por lo cotidiano y la decisión tomada conscientemente. La falsa libertad del amor burgués y del matrimonio surge cuando reciben a los visitantes, que rompen el ritmo natural por el que estaban dirigidas sus vidas. Hasta ese momento, la vida de la pareja se limita a elecciones naturales y espontáneas, como por ejemplo las obras realizadas en la propiedad, que, al ser concluidas al final de la historia y muy poco aprovechadas por los personajes, empiezan a ser alteradas de nuevo por Charlotte, insatisfecha con el resultado obtenido. Goethe incluye la propia unión de la pareja entre esas elecciones naturales y espontáneas, ya que éste no era el primer matrimonio para ninguno de los dos. En su juventud habían estado enamorados, pero se unieron a personas de mayores posesiones y aprobadas por sus familias. Solamente deciden casarse al verse sin compañía tras la muerte de sus primeros cónyuges. La situación se complica cuando Eduardo se enamora de Otilia y Charlotte del Capitán. Deben entonces tomar decisiones que cambiarían sus vidas, pero en ese momento los personajes no consiguen hacer esta transición y dejan que lo cotidiano decida por ellos, lo que lleva al trágico desenlace del libro, cuando las pasiones tienen que ser reprimidas. «Así, todos juntos continuaban su vida cotidiana, cada uno a su modo, con o sin reflexión; todo parecía seguir su rumbo habitual, como en situaciones extremas en las que todo está en juego y la vida continúa como si nada estuviese sucediendo.»<sup>37</sup>

Las obras en la propiedad, de las que inicialmente sólo se ocupaban Charlotte y Eduardo, empiezan a interesar también al Capitán y a Otilia. Trabajando en la modificación física del lugar, los personajes continúan viviendo e ignorando la realidad.

La dudosa moral burguesa aparece claramente reflejada cuando la pareja trata de mantener las apariencias ante la sociedad, aunque la pasión ya ha

---

37. Goethe (1998), pág. 109.

desbordado y se ha hecho realidad. En este juego de poder en el que se convierte el matrimonio, es interesante la forma en que el autor consigue captar la disputa que se establece entre las mujeres. Las mayores enfrentan a las más jóvenes, cuya presencia lleva a la perdición y a la eminente destrucción de hogares: «Las mujeres casadas, aunque no se gusten, siempre mantienen una alianza tácita, sobre todo contra las jóvenes».<sup>38</sup> Lejos de la vida pública y aprisionadas en el ámbito doméstico las mujeres, que carecen de una formación humana, empiezan a devorarse las unas a las otras para que la conservación de su pequeño reino de alienación no sea puesta en peligro por cualquier «aventurera». El filósofo y religioso Mittler intenta impedir la disolución del matrimonio de Eduardo y Charlotte, que se queja de la indiferencia de su marido y de la excesiva atención que le presta a Otilia. Su diálogo nos presenta la moralidad, el castigo para los que intentan separar lo que lo divino ha unido, y también nos muestra la paciencia como requisito fundamental para la durabilidad de la unión. Al fin y al cabo, la falta de esa unión nos hace infelices e incapaces de contemplar el mundo de una forma mejor y el matrimonio es lo que nos vuelve humanos. Mittler refuerza la hipocresía enalteciendo el nuevo tipo de esclavitud que Engels ya había definido dentro de la sociedad burguesa, a través de la conservación de la imagen de la familia como un lugar sagrado.

—Quien ultraja al matrimonio —exclamó él—, quien con palabras o acciones destruye esa base de valores morales va a vérselas conmigo; y, si no puedo guiarlo, tampoco quiero saber nada de él. El matrimonio es el principio y el ápice de toda cultura. Hace afable a la persona grosera, y la más educada tiene mejores oportunidades de demostrar su afabilidad. Debe ser indisoluble, ya que trae tanta felicidad que cualquier infortunio aislado no tiene valor a su lado. ¿Y para qué hablar de desgracias? Al hombre le sobreviene la impaciencia de vez en cuando y entonces tiende a sentirse infeliz. Dejen pasar ese momento y se sentirán felices porque algo que se mantiene hace tanto tiempo continuará existiendo. Nunca habrá motivos suficientes para una separación. La condición humana está tan repleta de sufrimientos y alegrías que en una pareja no se puede calcular cuánto uno le debe al otro. Es una deuda permanente que sólo puede ser saldada por la eternidad. A veces es posible que sea incómodo, como yo bien sé, y esto puede ser bueno. ¿No estamos casados también con nuestra conciencia? ¿Y muchas veces no nos gustaría librarnos de ella, ya que es más incómoda que cualquier marido o esposa?<sup>39</sup>

Así, lo que parece ser más natural prevalece y los individuos se dejan guiar de forma espontánea por el ámbito cotidiano y su presión. Charlotte

---

38. Goethe (1998), pág. 92.

39. Goethe (1998), pág. 84.

consigue expresar bien este movimiento en el siguiente comentario que hace a su jardinero, al observar sus jardines arreglados: «Mientras la vida nos arrastra —replicó ella— creemos que estamos actuando como si existiese el libre albedrío, escogiendo nuestras ocupaciones y divertimentos. Pero la verdad, si nos fijamos bien, es que estamos siendo obligados a seguir los planos y tendencias de la época». <sup>40</sup> Goethe nos deja leer entre líneas que Charlotte comprende la alienación en la vida del cuarteto, pero por otro lado, en el transcurso de la historia, nos muestra que aquella pareja culta, libre y guiada por la razón vive en su vida privada lo opuesto de lo que aparenta. Marido y mujer se sienten limitados por el miedo a las opiniones ajenas y por los dogmas religiosos y amedrentados ante una decisión que cambiaría sus vidas.

La religiosidad contribuye a este proceso y hace que las dos mujeres, Otilia y Charlotte, no tomen ninguna decisión. Goethe también incluye otro aspecto de esta inmovilidad ante las decisiones que la vida exige: en un momento del libro, cuando Charlotte conversa con el antiguo profesor de Otilia, el narrador resalta el hecho de que las mujeres son criadas para que no actúen y para que permanezcan solas durante toda su vida, sin establecer vínculos verdaderos con otras mujeres. A cada mujer se le exige lo que le correspondería a la especie humana como un todo, es decir, cada una de ellas debe ser la que ejecuta y protege los deberes morales y sociales que existen en la visión burguesa de vida y familia; tiene que cuidar de la pureza y la inviolabilidad de su hogar y esto lleva, como el narrador de la novela de Goethe señala, a una competición entre ellas mismas y a una defensa a toda costa del hogar burgués que han conquistado. Dentro de este modelo ambiguo y autoritario de familia burguesa, en que la mujer es a la vez guardiana de la moral y amenaza contra la paz del hogar de otra, Charlotte comete un error fatal al permitir que otra divida el techo que pertenece a ella y a su marido.

Los cuatro personajes permanecen separados e infelices durante toda la novela, uniéndose tan sólo ante la muerte, que es la última alternativa que la vida les ofrece. En esta obra, Goethe critica contundentemente el modelo burgués de familia y el papel que desempeña la mujer en este espacio privado. El autor comprende que dicho modelo hace que los acontecimientos de la vida cotidiana dominen al individuo. Éste pierde el poder de tomar decisiones y se deja llevar por el día a día, que pasa a tener vida propia y decide por él. La alienación de la vida privada aparece con gran fuerza en esta novela, que nos muestra de forma crítica y poética la verdad sobre la adecuación de la vida privada a la lógica de la sociedad capitalista y a toda su intensa alienación intrínseca.

---

40. Goethe (1998), pág. 194.

## Observaciones finales

En el libro que presentamos en este capítulo Goethe muestra que la alienación y la adaptación a este modelo de familia y de mujer/maternidad hacen que el individuo se quede vacío y se aleje totalmente del ideal de hombre pleno que desarrolla todas sus posibilidades. Según Fritzhand,<sup>41</sup> que trabajó con las ideas de Marx, el hombre que pasaría a ser un «hombre total» sería aquél que consiguiese superar la fragmentación y alienación, desarrollando todas sus capacidades y cualidades humanas, y que lograrse de la forma más plena posible aprovechar los bienes de la civilización y de la cultura. «No distingue entre el trabajo y el placer. No conoce la dicotomía campo-ciudad creada por la división del trabajo (dicotomía que reduce a algunos hombres a “animales de ciudad tacaños de espíritu” y a otros a “animales del campo cortos de vista”).»<sup>42</sup> Por lo tanto, se trata de un hombre que posee un fuerte vínculo que lo une a los otros, que comprende que solamente puede alcanzar la verdadera felicidad, perfección, libertad y autonomía junto con el género humano. Es un hombre guiado por la ciencia y la razón, que lo llevarían a librarse del aislamiento egocéntrico y a participar con su ser como un todo en la humanidad. De esta manera, «si en relaciones alienadas la esencia del hombre como ser social fue apenas el medio para su existencia, ahora la existencia del hombre es, en su ser universal, consciente y activo, una esencia social humana».<sup>43</sup>

Sin embargo la sociedad capitalista usa el recurso de naturalización, propagado a través del ideal de familia burguesa y del papel impuesto a la mujer, y convierte a estos en algo natural, universal e inmutable. La naturalización niega al hombre la autoría y la producción social de este ideal y se convierte en un poderoso recurso ideológico de dominación.

Para Duarte,<sup>44</sup> la naturalización forma parte del proceso de alienación que impide que el individuo se desarrolle como un «hombre total», centrándolo cada vez más en uno de los polos de su individualidad, el de la particularidad, en detrimento de la construcción de una relación consciente con el otro polo, el de la genericidad, es decir, el pertenecer activamente al género humano. De esta forma, el individuo se aliena, ya que no obtiene la capacidad de relacionarse conscientemente con los procesos que hacen parte de la vida. Su participación en la práctica social casi nunca deja de ser espontánea y natural. Este individuo «(...) no lleva una vida cotidiana, sino que es llevado por ella. Adopta como “natural” la jerarquía espontánea de

---

41. Fritzhand (1965).

42. Fritzhand (1965), pág. 189.

43. Prucha (1965), pág. 174.

44. Duarte (1999), pág. 196.

las actividades cotidianas que ya existe en su medio social inmediato, una jerarquía que está determinada por las relaciones sociales». <sup>45</sup> Pasa a no mantener ninguna relación consciente con su propia particularidad, como individuo que se identifica espontáneamente con ella. <sup>46</sup> Su individualidad se subordina al pragmatismo y al utilitarismo que le exige lo cotidiano.

De esta forma, la alienación se apodera de la vida del individuo e interfiere en el desarrollo de su individualidad. Se trata de un proceso que no cesa. Suchodolski <sup>47</sup> nos proporciona otro importante elemento: la alienación produce una fetichización. Los instrumentos creados por el hombre dejan de ser productos y pasan a existir como seres con vida y voluntad propias, dictando lo que el individuo debe hacer. La realidad no es reconocida por el individuo como una obra humana ya que, aunque los hombres la producen, no son capaces de organizarla. En la conciencia esclavizada y explotada de los individuos, la alienación hace que esta realidad no les pertenezca sino que los domine, convirtiéndose en algo ajeno e independiente de ellos. Todos los fenómenos y necesidades producidos por la sociedad capitalista les parecen propios de su naturaleza.

En este capítulo hemos expuesto todo este proceso a través de la propagación de los ideales de familia burguesa y del movimiento de empujar a la mujer hacia la maternidad y la vida doméstica, junto con el niño totalmente idealizado. Como estamos bastante lejos de los ideales iluministas de hombre, de la formación plena del individuo, las fuerzas productivas evolucionan y se genera cada vez más tecnología. Sin embargo, el hombre no acompaña esta evolución y se entrega al misticismo y al oscurantismo, perdiendo el control sobre su propia vida.

## Referencias bibliográficas

- ARCE, ALESSANDRA (2002), *A Pedagogia na «Era das Revoluções»: uma análise do pensamento de Pestalozzi e Froebel*, Editora Autores Associados, Campinas/SP, Brasil.
- BACZKO, B. (1965), «Marx e a idéia da universalidade do homem», en MARCUSE, KOSIK, BLOCH, DELLA VOLPE, CERRONI, ET AL., *Humanismo socialista*, Edições 70, Lisboa, págs. 197-215.
- CASAGRANDE, C. (1990), «A Mulher sob Custódia», en G. DUBY y M. PERROT (org.), *História das Mulheres. A Idade Média*, Editora Afrontamento, Porto, volume 02, págs. 99-142.
- CASNABET, C. M. (1991), «A Mulher no pensamento filosófico do século XVIII»,

---

45. Duarte (1999), pág. 196.

46. Duarte (1999), pág. 191.

47. Suchodolski (1976a).

- en G. DUBY y M. PERROT (org.), *História das Mulheres: do Renascimento à Idade Moderna*, Editora Afrontamento, Porto, volume 03, págs. 366-407.
- DESAIVE, J. P. (1991), «As Ambigüidades do Discurso Literário», en G. DUBY y M. PERROT (org.), *História das Mulheres: do Renascimento à Idade Moderna*, Editora Afrontamento, Porto, volume 03, págs. 301-339.
- DOSSE, F. (1994), *A História em Migalhas: dos Annales à Nova História*, Editora da UNICAMP/Editora Ensaio, Campinas, 3.ª ed.
- DUARTE, N. (1999), *A Individualidade Para-Si: contribuição a uma teoria histórico-social da formação do indivíduo*, Autores Associados, Campinas.
- DUARTE, N. (2000), *Vigotski e o «Aprender a Aprender»: crítica às apropriações neoliberais e pós-modernas da teoria vigotskiana*, Autores Associados, Campinas.
- ENGELS, F. (1985), *A Situação da Classe Trabalhadora na Inglaterra*, Global, São Paulo.
- ENGELS, F. (s/d), «A Origem da Família, da Propriedade Privada e do Estado», en MARX y ENGELS, *Obras Escolhidas*, Alfa-ômega, São Paulo, volume 03.
- FRITZHAND, M. (1965), «O Ideal do homem segundo Marx», en MARCUSE, KOSTK, BLOCH, DELLA VOLPE, CERRONI, ET AL., *Humanismo socialista*, Edições 70, Lisboa, págs. 186-196.
- FUGIER, MARTIN A. (1991), «Os Ritos da vida privada burguesa», en G. DUBY y P. ARIÈS, P. (org.), *História da Vida Privada: da Revolução Francesa a Primeira Guerra*, Companhia das Letras, São Paulo, 5.ª ed., volume 04, págs. 193-262.
- GÉLIS, J. (1991), «A Individualização da Criança», en P. ARIÈS y R. CHARTIE, (org.), *História da Vida Privada: da Renascença ao Século das Luzes*, Companhia das Letras, São Paulo, 5.ª ed., volume 03, págs. 311-330.
- GOETHE, J. W. (1998), *As Afinidades Eletivas*, Nova Alexandria, São Paulo, 3.ª edição.
- HALL, C. (1991), «Sweet Home», en G. DUBY y P. ARIÈS, P. (org.), *História da Vida Privada: da Revolução Francesa a Primeira Guerra*, Companhia das Letras, São Paulo, 5.ª ed., volume 04, págs. 53-93.
- HELLER, A. (1992), *O Cotidiano e a História*, Paz e Terra, Rio de Janeiro, 4.ª edição.
- HOBBSAWM, E. (1998), *Sobre a História*, Companhia das Letras, São Paulo.
- HOBBSAWM, E. (1996a), *A Era das Revoluções 1789-1848*, Paz e Terra, Rio de Janeiro, 10.ª ed.
- HUNT, L. (1991), «Revolução Francesa e Vida Privada», en G. DUBY y P. ARIÈS, P. (org.), *História da Vida Privada: da Revolução Francesa a Primeira Guerra*, Companhia das Letras, São Paulo, 5.ª ed., volume 04, págs. 21-52.
- LUKÁCS, G. (1978), *Goethe and his age*, Howard Fertig, Nueva York.
- LUKÁCS, G. (1994), «Os Anos de Aprendizado de Wilhelm Meister», en J. W. GOETHE, *Os Anos de Aprendizado de Wilhelm Meister*, Ensaio, São Paulo, págs. 593-614.
- MICHAUD, S. (1999), «A Mulher», en FURET, F. (org.), *O Homem Romântico*, Editorial Presença, Lisboa, pág. 87-116.
- OPTIZ, C. (1990), «O Cotidiano da Mulher no Final da Idade Média (1250-

- 1500)», en G. DUBY y P. ARIÈS, P. (org.), *História da Vida Privada: da Revolução Francesa a Primeira Guerra*, Companhia das Letras, São Paulo, 5.ª ed., volume 04, págs. 353-440.
- PERROT, M. (1991), «Outrora, em outro lugar», en G. DUBY y P. ARIÈS, P. (org.), *História da Vida Privada: da Revolução Francesa a Primeira Guerra*, Companhia das Letras, São Paulo, 5.ª ed., volume 04, págs. 17-20.
- PERROT, M. (1991a), «A Família Triunfante», en G. DUBY y P. ARIÈS, P. (org.), *História da Vida Privada: da Revolução Francesa a Primeira Guerra*, Companhia das Letras, São Paulo, 5.ª ed., volume 04, págs. 93-104.
- PERROT, M. (1991b), «Funções da Família», en G. DUBY y P. ARIÈS, P. (org.), *História da Vida Privada: da Revolução Francesa a Primeira Guerra*, Companhia das Letras, São Paulo, 5.ª ed., volume 04, págs. 105-120.
- PERROT, M. (1991c), «Figuras e Papéis», en G. DUBY y P. ARIÈS, P. (org.), *História da Vida Privada: da Revolução Francesa a Primeira Guerra*, Companhia das Letras, São Paulo, 5.ª ed., volume 04, págs. 121-186.
- POLITZER, G. (1978), *A Filosofia e os Mitos*, Civilização Brasileira, Rio de Janeiro.
- PRUCHA, M. (1965), «O Marxismo e os problemas existenciais do homem», en MARCUSE, KOSIK, BLOCH, DELLA VOLPE, CERRONI, ET AL., *Humanismo socialista*, Edições 70, Lisboa, págs. 163-174.
- SAVIANI, D. (1998), «O Debate Teórico e Metodológico no Campo da História e sua Importância para a Pesquisa Educacional», en D. SAVIANI, J. LOMBARDI y J. L. SANFELICE, *História e história da educação*, Autores Associados/HISTEDBR, Campinas.
- SAVIANI, D. (1999), «História das idéias pedagógicas: reconstruindo o conceito», en L. M. FARIA FILHO (org.), *Pesquisa em História da Educação: perspectivas de análise, objetos e fontes*, HG edições, Belo Horizonte, págs. 9-24.
- SUCHODOLSKI, B. (1976a), *Teoria Marxista da Educação*, Editorial Estampa, Lisboa, volume I.
- SUCHODOLSKI, B. (1976b), *Teoria Marxista da Educação*, Editorial Estampa, Lisboa, volume II.
- SUCHODOLSKI, B. (1976c), *Teoria Marxista da Educação*, Editorial Estampa, Lisboa, volume III.
- SUCHODOLSKI, B. (1992), *A Pedagogia e as Grandes Correntes Filosóficas*, Livros Horizonte, Lisboa, 4.º ed.
- VECCHIO, S. (1990), «A Boa Esposa», en G. DUBY y M. PERROT. (orgs.), *História das Mulheres: A Idade Média*, Editora Afrontamento, Porto, volume 02, págs. 143-216.